

Hotel Splendide

LUDWIG BEMELMANS

Traducción de Irene Oliva Luque

gatopardo ediciones 

Título original: *Hotel Splendide*

Copyright © 2022 Ludwig Bemelmans LLC
Publicado por primera vez por Pushkin Press en 2022
Derechos de traducción cedidos por Jill Grinberg Literary
Management LLC y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
Todos los derechos reservados

© de la traducción: Irene Oliva Luque, 2023
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2023
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre, 2023

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó
Imagen de la cubierta: © Ludwig Bemelmans, LLC
Imagen de la solapa: © Ludwig Bemelmans, LLC

ISBN: 978-84-127403-3-2
Depósito legal: B-16733-2023
Impresión: Liberdúplex S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

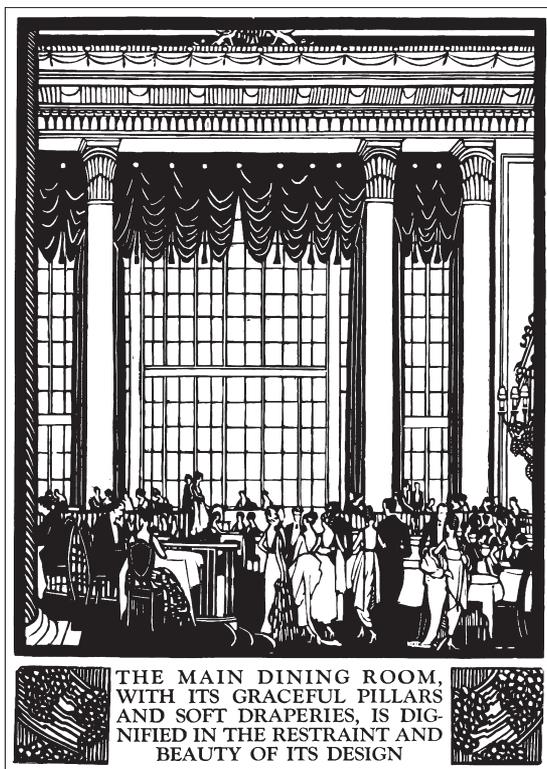
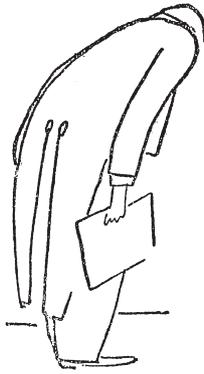


Ilustración de época del comedor del Hotel Ritz-Carlton de Nueva York, donde Ludwig Bemelmans estuvo empleado entre 1914 y 1929.



HOTEL SPLENDIDE

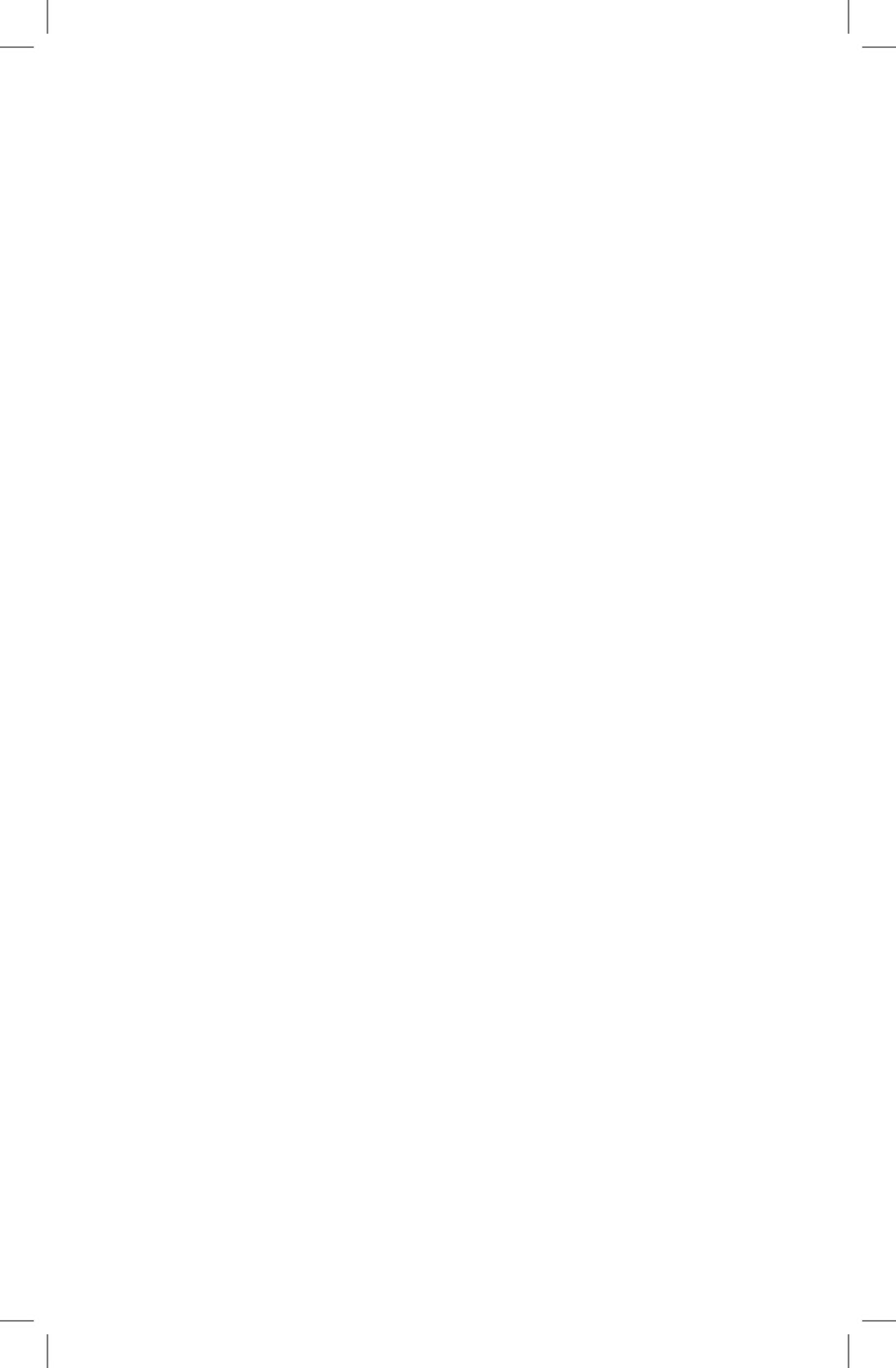




1

EL CAMARERO ANIMAL





Era uno de aquellos contados días en los que Mespoulets y yo teníamos algún cliente en nuestras mesas. Yo pasaba casi todo el tiempo haciendo muecas en un gran espejo que había detrás de mí. A mi lado, Mespoulets negaba con la cabeza. Mespoulets era camarero y yo era su mozo de comedor. Nuestro puesto estaba en la balconada trasera que había en la planta baja del salón comedor principal de un hotel al que llamaré el Splendide, un edificio inmenso y lujoso con muchos espejos que renunció a su desequilibrada pugna con la economía poco después de la época del boom para, con toda probabilidad, acabar más tarde reconvertido en un bloque de oficinas o demolido.

Antes de establecerme en Estados Unidos, había trabajado una temporadita en un hotel del Tirol, propiedad de mi tío. El alemán era mi lengua materna, y sabía suficiente inglés como para arreglármelas en la ciudad de Nueva York, aunque, eso sí, mi francés era pésimo. Mespoulets era un apasionado de la lengua francesa en todos sus aspectos y contaba con tiempo de sobra para enseñármela.

—Si digo «*Le chien est utile*», tenemos una proposición. Si digo «*Je crois que le chien est utile*», tenemos dos. Si digo «*Je crois que le chien est utile quand il garde la maison*», ¿cuántas proposiciones tenemos?

—Tres.

—Muy bien.

Mespoulets asintió muy serio en señal de aprobación. En ese momento Monsieur Victor, el *maître d'hôtel*, cruzó nuestra sección de mesas y los demás camareros que había por allí dejaron de hablar entre ellos, unos para alisar un mantel por aquí o mover una silla por allá, y otros para recolocarse con delicadeza la servilleta sobre el brazo o estirarse la chaqueta y la pajarita. Mespoulets fue el único que siguió como si nada. Me agarró del brazo y se dirigió lentamente hacia el *office*, pasando por delante de Monsieur Victor. Mientras yo caminaba a su lado, él prosiguió con la lección.

—«*L'abeille fait du miel.*» En esta oración el verbo «*fait*» es por sí solo insuficiente. No dice lo que hace la abeja, así que completamos la idea añadiendo las palabras «*du miel*». Estas palabras se denominan «*un complément*». Entonces, ¿qué contiene la oración «*L'abeille fait du miel*»?

—Contiene un verbo, un sujeto y un complemento.

—Muy bien, estupendo. Ahora corre y tráeme el Camembert, la *salade escarole*, las galletitas saladas duras y la tacita de café para el señor Frank Munsey de la mesa ochenta y seis.

Nuestras mesas, la 81, la 82 y la 86, estaban situadas en un rincón ruidoso de la balconada en el que además había corriente. Miraban a las escaleras del salón comedor y estaban en medio de dos puertas. Una de ellas conducía al *office*, y sus bisagras chirriaban quejumbrosas. Los días húmedos sonaban como un gato enfadado, y no paraban de recibir los puntapiés de las botas de los camareros que entraban y salían, raudos, cargados de bandejas. La otra puerta daba a un armario donde se guardaba la mantelería.

Los camareros y mozos de comedor pasaban entre nuestras mesas, apretujados, con las bandejas. Los que las llevaban repletas de comida las sostenían en lo alto, por encima de la cabeza; los que iban con platos sucios, por abajo. Solían tropezar unos con otros y, cuando eso sucedía, se producían estrepitosos choques de cubertería, cristalería y vajilla de porcelana, y la nata goteaba en finos chorritos por el borde de las bandejas. Cada vez que eso ocurría, Monsieur Victor venía corriendo hasta nuestra sección, seguido de sus jefes de comedor, para dirigir la limpieza del desaguisado y apaciguar a los clientes. En nuestra sección, era común ver a personas de pie quejándose, servilleta en mano, sacudiéndose la ropa y gesticulando enfadados con los brazos en el aire.

Monsieur Victor utilizaba nuestras mesas como una suerte de colonia penitenciaria a la que enviaba a los clientes con fama de pejugeros, a quienes llevaban mucho tiempo olvidándose de dejar propina y necesitaban un recordatorio, a los indeseables que parecían fuera de lugar en otras secciones mejores del salón comedor, y a los clientes que solían remolonear durante horas habiendo pedido unos meros entremeses y un vaso de leche mientras que los clientes que pagaban bien tenían que quedarse de pie en la puerta esperando una mesa.

Mespoulets era el hombre idóneo para lo que Monsieur Victor buscaba, el complemento perfecto para su plan de castigo. Era probablemente el peor camarero del mundo, y yo había pasado a ser su ayudante después de rodar por las escaleras con ocho faisanes à la Souvaroff hasta la zona principal del comedor. Cuando me mandaron con él para que asumiera mis funciones como ayudante suyo, se presentó con estas palabras: «Mi apellido es fácil de recordar.

Solo tienes que pensar en “mis pollos”, “*mes poulets*”, *Mespoulets*».

Era raro que alguno de los clientes que se sentaba a una de nuestras mesas se marchara del hotel con ganas de volver. Si alguna vez había cristales rotos en alguna parte del salón comedor, era siempre en nuestras espinacas. Mientras esperaban su comida, los comensales de las mesas 81, 82 y 86 se removían inquietos en el asiento, miraban fijamente hacia la puerta del *office*, echaban ojeadas a su alrededor y hacían señales de desasosiego a otros camareros y jefes de sala. Cuando por fin llegaba su comida, estaba fría, y a menudo era algo distinto a lo que habían pedido. Mientras les explicaba a los clientes en qué consistía el plato que no habían pedido, describiendo en detalle sus ingredientes y elaboración, y les presentaba vanas excusas, *Mespoulets* les derramaba encima la mayonesa, la sopa o la salsa de menta, los salpicaba con el café y a veces incluso se las apañaba para romper un par de platos. Yo lo ayudaba como buenamente podía.

Al final de la comida, *Mespoulets* solía entregarle al cliente la cuenta de otra mesa, o bien se había olvidado de calcular la diferencia de precio entre lo que el cliente había pedido y lo que se le había servido. A esas alturas, el comensal se limitaba a levantar la mano y gritar: «¡Da igual, da igual, démela, deme la cuenta y acabemos con esto! ¡Pagaré con tal de salir de aquí! ¡Démela, por el amor de Dios!». Y así, el cliente pagaba y se iba. Antes de marcharse, se detenía en el mostrador del *maître d'hôtel* y les mostraba a Monsieur Victor y a sus jefes de comedor los lamparones en la ropa, daba un puñetazo en el mostrador y juraba no volver nunca más. Monsieur Victor y sus jefes de comedor lo escuchaban, ponían cara de compasión, exclamaban

sus «¡Oh!» y sus «¡Ah!» y, lanzándonos miradas siniestras desde el otro lado del salón, prometían despedirnos ese mismo día. Sin embargo, al día siguiente seguíamos allí.

Durante las horas entre las comidas, mientras los demás camareros estaban ocupados en rellenar saleros y pimenteros, aceiteras, vinagreras y mostaceras, y en contabilizar la mantelería sucia y sacudir las sillas, Mespoulets se dirigía hasta una mesa cerca de la entrada, justo al lado del mostrador personal de Monsieur Victor, desde la que se dominaba todo el salón del hotel. Una vez allí, ajustaba una lámpara de lectura especial que había pedido a la dirección, extendía un tapete de mesa de billar y colocaba encima un cartapacio grande y otro pequeño, una escribanía y media docena de portaplumas. Luego acercaba una silla y se sentaba. Contaba con un gran surtido de plumillas de distintos tamaños y las afilaba con un trozo de papel de lija. Seleccionaba la plumilla y el portaplumas que quería y empezaba a hacer círculos en el aire. Luego, tras colocarse delante una tarjeta de comensal, de bordes dorados o con emblema, que era donde se escribían los menús, se ponía manos a la obra. Cuando acababa, distribuía las tarjetas por toda la mesa para que se secaran, y se quedaba allí sentado cómodamente, a pocos pasos del mostrador de Monsieur Victor, en un territorio que otros camareros solo pisaban cuando se les llamaba la atención o estaban a punto de despedirlos, camareros que llegaban con manos temblorosas y ojos asustados para enfrentarse a Monsieur Victor. Aquel talento especial de Mespoulets le aseguraba el trabajo y lo distinguía de los camareros del montón. También lo diferenciaba el hecho de que tenía permitido llevar gafas, un privilegio que se les negaba a todos los demás camareros, por muy miopes o astigmáticos que fueran.

Dependiendo de la versión, Mespoulets era el padre, el tío o el hermano de Monsieur Victor. También se decía que antes había sido director de un liceo en París. La verdad era que jamás había conocido a Monsieur Victor más allá del comedor, y no creo que hubiera entre ellos ningún secreto, tan solo un acuerdo, una suerte de entendimiento tácito. Me enteré de que antes había trabajado como profesor particular para una familia cuya hija era muy guapa y que aquello era algo de lo que a él no le gustaba hablar. Era un gran amante de los animales, casi tanto como de la lengua francesa. Había decidido por su cuenta encargarse de vigilar a los peces del acuario que había en el vestíbulo exterior del hotel, daba de comer a las palomas del patio y su interés abarcaba también las aves, las reses y los crustáceos que llegaban vivos a la cocina. Rogaba a los cocineros que despacharan con rapidez, y de la forma menos dolorosa posible, a langostas y galápagos. Si un cliente traía un perro a nuestra zona del comedor, Mespoulets se pasaba casi todo el rato debajo de la mesa con el can.

A la hora del almuerzo, mientras esperábamos a los escasos clientes que nos llegaban, Mespoulets se quedaba sentado dentro del armario de la mantelería, encima de una cajita desde donde a través de la puerta entreabierta podía echar un ojo a nuestras mesas. Se apoyaba cómodamente sobre una montaña de manteles y servilletas. Con una antigua *Grammaire Française* a su lado, las manos entrelazadas sobre el regazo con las palmas hacia arriba, y los pulgares persiguiéndose por encima de ellas en pequeños y silenciosos círculos, me hacía repetir los ejercicios, que eran sencillos, concisos y fáciles de recordar. Se los sabía todos de memoria y, al cabo de poco, yo también. Me obligaba a repasarlos una y otra vez hasta que mi pronuncia-

ción era correcta. Todos trataban de animales, como: «El salmón sabio», «El gato y la vieja», «La sociedad de los castores», «El oso en las montañas suizas», «La inteligencia de la perdiz», «El león de Florencia» y «El pájaro enjaulado».

Aquel año empezamos por «El salmón sabio» en enero y estábamos acabando «El oso en las montañas suizas» para cuando se abrió el jardín de verano, en mayo. En esa época la actividad disminuía en las cenas y, a lo largo de todo el verano, solo teníamos trabajo durante las comidas. Por las tardes, a Mespoulets le daba tiempo a irse a su domicilio, así que me propuso seguir allí con mis estudios.

Vivía en la casa de un pariente en la parte oeste de la calle Veinticuatro. Delante de la vivienda de al lado, en la acera, había un enorme caballo de madera pintado de rojo que anunciaba el taller de un guarnicionero. Enfrente, se subastaban caballos y, si seguías la calle, te encontrabas con un mercado de aves italiano con la imagen de un pollo pintado en la fachada. Todas las mañanas las gallinas y los gallos abarrotaban el mercado.

Mespoulets ocupaba una habitación y un baño en la parte de atrás de la segunda planta. La habitación estaba empapelada de verde y encima de un viejo sofá había colgada una copia del cuadro de Van Gogh *El puente Langlois en Arlés*, que por aquel entonces no era una pintura conocida. Había estanterías de libros, un escritorio cubierto de papeles, y, encima, colgaba del techo una gran jaula para pájaros.

En aquella jaula, resguardada por un pedazo del tapete del billar del hotel, vivía un triste canario viejo. Tenía la cabeza desplumada y los ojos como granos de pimienta, sus patas ya no eran capaces de agarrarse a la percha y se pasaba el día sentado en la arena, en un rincón, parecía un

crisantemo marchito tirado a la basura. Las tardes de verano, cerca de aquel pájaro, estudiamos «La inteligencia de la perdiz» y «El león de Florencia».

A finales de agosto, una fría tarde que ya parecía de otoño, Mespoulets y yo empezamos «El pájaro enjaulado». La lección decía así:

L'OISEAU EN CAGE

Voilà sur ma fenêtre un oiseau qui vient visiter le mien. Il a peur, il s'en va, et le pauvre prisonnier s'attriste, s'agite comme pour s'échapper. Je ferais comme lui, si j'étais à sa place, et cependant je le retiens. Vais-je lui ouvrir? Il irait voler, chanter, faire son nid; il serait heureux; mais je ne l'aurais plus, et je l'aime, et je veux l'avoir. Je le garde. Pauvre petit, tu seras toujours prisonnier; je jouis de toi aux dépens de ta liberté, je te plains, et je te garde. Voilà comme le plaisir l'emporte sur la justice.

Yo se lo traduje: «Hay un pájaro en mi ventana que viene a visitar al mío... El pobre prisionero está triste... Yo me sentiría como él, si estuviera en su lugar, y sin embargo lo retengo... Pobre prisionero, disfruto de ti a expensas de tu libertad... El placer se antepone a la justicia».

Mespoulets levantó la vista hacia el pájaro y me dijo: «Busca un adjetivo que vaya con *fenêtre, oiseau, liberté, plaisir* y *justice*»; y mientras yo lo buscaba en nuestro diccionario, él se acercó a la estantería y sacó una caja de puros. Dentro quedaba uno. Lo cogió, limpió la caja con su pañuelo y luego se dirigió a un cajón de donde extrajo un gran cortaplumas, sacó al pájaro de la jaula, lo tendió sobre la caja de puros cerrada y en un abrir y cerrar de ojos le cortó

la cabeza. Una garra se abrió lentamente y el ave y su cabeza yacieron inertes.

Mespoulets se lavó las manos, envolvió la caja, el pájaro y el cortaplumas en un periódico, se lo metió debajo del brazo y cogió su sombrero del perchero. Salimos y caminamos por la Octava Avenida. A la altura de la calle Treinta y cuatro se detuvo ante un cubo de basura y arrojó en él su paquete. «Creo que ya no quería seguir viviendo», dijo.